

# NADIE SUPO DE QUÉ SE TRATABA. TODOS MENTÍAN RUY DE MALPARTIDA

**Y**, sin embargo, nadie supo de qué se trataba. Todos mentían. «Cabras que aúllan, perros que balan?», se preguntó Malpartida.

Recorrió la calle silenciosa, flanqueada por viejas casas enjalbegadas de un blanco roto por el tiempo, los balcones se agarraban a las paredes con dificultad y las tejas sin reponer dejaban calvos los tejados, casi todos a dos aguas.

«Un cementerio de casas olvidadas», se dijo Malpartida. Pero ¿por qué le mintieron? Se quejó con un suspiro y siguió andando. Al final de la calle, un solo clavo sujetaba con dificultad el nombre de la vía casi borrado. Una calle dedicada a alguien. «A saber quién era y dónde yacen sus huesos», se preguntó.

La calle acabó donde comenzaba el campo. Las yerbas, que crecían según se les antojaba entre antiguos trigales y cebadales, recuperaban poco a poco el terreno antes cultivado por la gente del pueblo, como hace el mar con la tierra cuando las olas rompen con furia en la costa. «Algo así», pensó Malpartida, un hombre de mar.

En el horizonte, detrás del campo, el polvo se elevaba detrás de un vehículo que avanzó lento, giró en el cruce y se dirigió al pueblo desalmado. Malpartida recorrió la calle a la inversa, con curiosidad, «¡Al fin, alguien!». Llegaría a la plaza al mismo tiempo que el conductor.

Era un jeep viejo que escupía humo. Con tanto ruido, parecía que cada pieza andaba por su lado. Llegó cansado y exhaló humo cuando el chófer detuvo el motor. La puerta chirrió al abrirse.

—¡Buenas tardes! ¿Vive aquí? —preguntó Malpartida.

—Aquí no vive nadie, don...—le respondió el viejo sin mirarlo, se dirigió a la puerta trasera.

—Malpartida, me puede llamar así, si quiere —Y esperó observando el saco que se echó a la espalda—. ¿Le ayudo?

—No, gracias. Estoy acostumbrado. —Renqueó hasta la mitad de la calle, se libró de la carga en el suelo y abrió la puerta de una casa, descorriendo el fechillo.

Lo siguió con curiosidad hasta la puerta. El viejo se asomó y le preguntó:

—¿Un café? —Malpartida no se lo esperaba y titubeó, pero el viejo insistió—. Que si quiere un café. Pase, pase. Como en casa.

La estancia era vieja, pero estaba limpia y cuidada. Desde fuera no daba la impresión de parecerse a un hogar. Conservaba fotos de críos: ¿hijos, nietos...?

»Y usted, don... ¿Qué hace por aquí?

—Vengo a saber qué ocurre por aquí. ¿Por qué la gente se ha ido?

—¿Qué pasó por aquí? —El viejo sacó una cafetera de seis tazas y preparó el café. Encendió el fogón y bajó el fuego. Arrastró una silla y se sentó frente a aquel funcionario—. Usted no estaba, ¿no?

—No estaba, ¿cuándo, dónde?

—Hace décadas que protestamos...¿Usted no estaba? —insistió en la pregunta. Malpartida negó con la cabeza y el viejo prosiguió—: Ya da igual, ¿sabe? Nadie sabía de qué se trataba, decían los de la ciudad...

»Esos que le han enviado aquí repetían que éramos muy exagerados, que todos mentían. Que había que cerrar la escuela, que no había gente para un centro de salud...

»Tómese el café. Haga tiempo que así le pagarán el salario y cuando vuelva a la ciudad dígales que todos se fueron, que los perros balan y las cabras aúllan. Seguro que así le creerán más que a nosotros.

FIN